

El carácter

Samuel Smiles



FUNDACIÓN
Carlos Slim



El carácter

(Fragmento)

Smiles, Samuel

Novela

Se reconocen los derechos morales de Smiles, Samuel.

Obra de dominio público.

Distribución gratuita. Prohibida su venta y distribución en medios ajenos a la Fundación Carlos Slim.

Fundación Carlos Slim

Lago Zúrich. Plaza Carso II. Piso 5. Col. Ampliación Granada

C. P. 11529, Ciudad de México. México.

contacto@pruebat.org

CAPÍTULO I. INFLUENCIA DEL CARÁCTER

El carácter es una de las mayores motivaciones del mundo. En sus encarnaciones más nobles, ejemplifica la naturaleza humana en sus formas más elevadas, ya que exhibe al hombre en su mejor momento.

Los hombres de auténtica excelencia, en todas las estaciones de la vida —hombres de industria, de integridad, de altos principios, de excelente honestidad de propósito— mandan el homenaje espontáneo de la humanidad. Es natural creer en tales hombres, tener confianza en ellos e imitarlos. Todo lo que es bueno en el mundo es defendido por ellos, y sin su presencia en el mundo no valdría la pena vivir.

Aunque el genio siempre inspira admiración, el carácter asegura el respeto. El primero es el producto del poder del cerebro, el segundo del poder del corazón; y a la larga es el corazón el que manda en la vida. Los hombres del genio están parados a la sociedad en la relación de su intelecto, como hombres del carácter de su conciencia; y mientras que los primeros son admirados, los segundos son seguidos.

Los grandes hombres son siempre hombres excepcionales; y la grandeza en sí misma no es más que comparativa. De hecho, el rango de la mayoría de los hombres en la vida es tan limitado, que muy pocos tienen la oportunidad de ser grandes. Pero cada hombre puede actuar su parte honesta y honorablemente, y en la medida de sus posibilidades. Él puede usar sus dones, y no abusar de ellos. Él puede esforzarse por hacer lo mejor de la vida. Él puede ser verdadero, justo, honesto y fiel, incluso en las cosas pequeñas. En una palabra, él puede hacer su deber en esa esfera en la que la providencia lo ha colocado.

Por común que parezca, este hacer del deber de uno encarna el ideal más alto de la vida y el carácter. Puede que no haya nada heroico en ello; pero la suerte común de los hombres no es heroica. Y aunque el sentido perdurable del deber sostiene al hombre en sus actitudes más elevadas, también lo sostiene igualmente en la transacción de los asuntos ordinarios de la existencia cotidiana. La vida del hombre está "centrada en la esfera de los deberes comunes". Las más influyentes de todas las virtudes son las que más se piden para el uso diario. Llevan lo mejor y duran más. Las virtudes superfinas, que están por encima del estándar de los hombres comunes, sólo pueden ser fuentes de tentación y peligro. Burke ha dicho verdaderamente que "el sistema humano que se basa en las virtudes heroicas seguramente tendrá una superestructura de debilidad o de despilfarro".

Cuando el Dr. Abbot, luego arzobispo de Canterbury, dibujó el carácter de su difunto amigo Thomas Sackville, no se detuvo en sus méritos como estadista, o su

genio como poeta, sino en sus virtudes como hombre en relación con los deberes ordinarios de la vida. "¡Cuántas cosas raras había en él!", dijo. "¿Quién más amando a su esposa? ¿Quién más amable con sus hijos?—¿Quién más ayuno con su amigo?—¿Quién más moderado con su enemigo?—¿Quién más fiel a su palabra?" De hecho, siempre podemos entender y apreciar mejor el verdadero carácter de un hombre por la manera en que se conduce hacia aquellos que están más cerca de relacionarse con él, y por su transacción de los detalles aparentemente comunes del deber diario, que por su exposición pública de sí mismo como autor, orador o estadista.

Al mismo tiempo, mientras que el deber, en su mayor parte, se aplica a la conducción de los asuntos en la vida común por el promedio de los hombres comunes, también es un poder de sostenimiento para los hombres del más alto nivel de carácter. Es posible que no tengan dinero, ni propiedad, ni aprendizaje, ni poder; y, sin embargo, pueden ser fuertes de corazón y ricos en espíritu: honestos, sinceros, obedientes. Y quien se esfuerza por cumplir fielmente con su deber está cumpliendo con el propósito para el que fue creado, y construyendo en sí mismo los principios de un carácter. Hay muchas personas de las que se puede decir que no tienen otra posesión en el mundo que su carácter, y sin embargo se mantienen tan firmes sobre él como cualquier rey coronado.

La cultura intelectual no tiene ninguna relación necesaria con la pureza o la excelencia del carácter. En el Nuevo Testamento, constantemente se hacen apelaciones al corazón del hombre y al "espíritu del que somos", mientras que las alusiones al intelecto son de muy rara ocurrencia. "Un puñado de buena vida", dice George Herbert, "vale la pena aprender". No es que el aprendizaje deba ser despreciado, sino que debe estar aliado a la bondad. La capacidad intelectual a veces se encuentra asociada con el carácter moral más mezquino con servilismo abyecto a los que están en las altas alturas, y arrogancia a los de bajo poder. Un hombre puede ser realizado en el arte, la literatura y la ciencia, y sin embargo, en la honestidad, la virtud, la veracidad y el espíritu del deber, tener derecho a tomar rango después de muchos campesinos pobres y analfabetos.

"Insistes", escribió Perthes a un amigo, "en el respeto por los hombres eruditos. Yo digo: ¡Amén! Pero, al mismo tiempo, no olvides esa grandeza de mente, profundidad de pensamiento, apreciación de lo elevado, experiencia del mundo, delicadeza de la manera, tacto y energía en acción, amor por la verdad, honestidad y amabilidad, que todo esto puede ser un deseo en un hombre que aún puede ser muy aprendido".

Cuando alguien, en la audiencia de Sir Walter Scott, hizo una observación sobre el valor de los talentos y logros literarios, como si estuvieran por encima de todas las cosas que deben ser estimadas y honradas, observó: "¡Dios nos ayude! ¡Qué pobre

mundo sería este si esa fuera la verdadera doctrina! He leído libros lo suficiente, y he observado y conversado con suficiente de mentes eminentes y espléndidamente cultas, también, en mi tiempo; pero les aseguro que he escuchado sentimientos superiores de los labios de hombres y mujeres pobres e INCULTOS, al ejercer el espíritu de heroísmo severo pero gentil bajo dificultades y aflicciones, o al hablar sus pensamientos simples en cuanto a las circunstancias en la gran cantidad de amigos y vecinos, de lo que nunca me encontré con fuera de la Biblia. Nunca aprenderemos a sentir y respetar nuestra verdadera vocación y destino, a menos que nos hayamos enseñado a considerar todo como una luna, en comparación con la educación del corazón".

Aún menos tiene riqueza cualquier conexión necesaria con la elevación del carácter. Por el contrario, es mucho más frecuente la causa de su corrupción y degradación. La riqueza y la corrupción, el lujo y el vicio, tienen afinidades muy estrechas entre sí. La riqueza, en manos de hombres de propósito débil, de autocontrol deficiente o de pasiones mal reguladas, es sólo una tentación y una trampa, la fuente, puede ser, de daño infinito para sí mismos, y a menudo para los demás.

Por el contrario, una condición de pobreza comparativa es compatible con el carácter en su forma más elevada. Un hombre puede poseer sólo su industria, su frugalidad, su integridad, y sin embargo mantenerse en alto en el rango de la verdadera hombría. El consejo que el padre de Burns le dio fue el mejor:

"Él me bade actuar una parte varone, aunque yo tenía ne'er un farthing, Porque sin un corazón varonil honesto ningún hombre valía la pena considerar."

Uno de los personajes más puros y nobles que el escritor conoció fue un hombre trabajador en un condado del norte, que crió a su familia respetablemente con unos ingresos que nunca suban a más de diez chelines a la semana. Aunque poseía sólo los rudimentos de la educación común, obtenidos en una escuela parroquial ordinaria, era un hombre lleno de sabiduría y consideración. Su biblioteca consistía en la Biblia, 'Flavel' y 'Boston', libros de los que, excepto el primero, probablemente pocos lectores hayan oído hablar. Este buen hombre podría haberse sentado para el retrato del conocido 'Vagabundo' de Wordsworth. Cuando había vivido su modesta vida de trabajo y adoración, y finalmente se fue a su descanso, dejó tras de sí una reputación de sabiduría práctica, de bondad genuina y de ayuda en toda buena obra, que los hombres mayores y más ricos podrían haber envidiado.

Cuando Lutero murió, dejó atrás, como se establece en su voluntad, "sin dinero listo, sin tesoro de moneda de ninguna descripción". Era tan pobre en una parte de su vida, que estaba bajo la necesidad de ganarse el pan girando, haciendo jardinería y relojería. Sin embargo, en el mismo momento en que estaba trabajando con sus

manos, estaba moldeando el carácter de su país; y era moralmente más fuerte, y mucho más honrado y seguido, que todos los príncipes de Alemania.

El carácter es propiedad. Es la más noble de las posesiones. Es un patrimonio en la buena voluntad general y el respeto de los hombres; y aquellos que inviertan en él — aunque no se hagan ricos en los bienes de este mundo— encontrarán su recompensa en estima y reputación justa y honorablemente ganada. Y es correcto que en la vida las buenas cualidades deben decir —que la industria, la virtud y la bondad deben clasificarse como las más altas— y que los hombres realmente mejores deben ser los más importantes.

La simple honestidad de propósito en un hombre va un largo camino en la vida, si se basa en una estimación justa de sí mismo y una obediencia constante a la regla que conoce y siente que tiene razón. Mantiene a un hombre recto, le da fuerza y sustento, y forma una fuente principal de acción vigorosa. "Ningún hombre", dijo una vez Sir Benjamin Rudyard, "está destinado a ser rico o grande, no, ni a ser sabio; pero todo hombre está obligado a ser honesto".

Pero el propósito, además de ser honesto, debe ser inspirado por principios sólidos, y perseguido con adhesión indesviada a la verdad, la integridad y la rectitud. Sin principios, un hombre es como un barco sin timón ni brújula, dejado a la deriva de aquí para allá con cada viento que sopla. Él es como uno sin ley, ni regla, ni orden, ni gobierno. "Los principios morales", dice Hume, "son sociales y universales. Forman, en cierto modo, el PARTIDO de la humanidad contra el vicio y el desorden, su enemigo común".

Epicteto recibió una vez la visita de cierto orador magnífico que iba a Roma en un pleito, que deseaba aprender del algo estoico de su filosofía. Epicteto recibió a su visitante con frialdad, sin creer en su sinceridad. "Solo criticarás mi estilo", dijo; "no deseando realmente aprender principios." —"Bueno, pero", dijo el orador, "si atisto a ese tipo de cosas; Seré un simple pobre, como tú, sin chapa, ni equipamiento, ni tierra." —"No QUIERO esas cosas", respondió Epicteto; "y además, tú eres más pobre que yo, después de todo. Patrón o ningún patrón, ¿qué me importa? Usted Sí se preocupa. Yo soy más rico que tú. No me importa lo que César piense de mí. No halaga a nadie. Esto es lo que tengo, en lugar de su placa de oro y plata. Tienes vasijas de plata, pero razones de barro, principios, apetitos. Mi mente para mí es un reino, y me provee de ocupación abundante y feliz en lugar de tu inquieta ociosidad. Todas tus posesiones te parecen pequeñas; los míos me parecen geniales. Tu deseo es insaciable, el mío está satisfecho".

El talento no es de ninguna manera raro en el mundo; ni siquiera es genio. Pero, ¿se puede confiar en el talento?, ¿se puede confiar en el genio? No a menos que se base

en la veracidad, en la veracidad. Es esta cualidad más que cualquier otra la que inspira la estima y el respeto, y asegura la confianza de los demás. La veracidad está en la base de toda excelencia personal. Se exhibe en conducta. Es rectitud, verdad en acción, y brilla a través de cada palabra y acción. Significa fiabilidad y convence a otros hombres de que se puede confiar en ella. Y un hombre ya tiene consecuencias en el mundo cuando se sabe que se puede confiar en él, que cuando dice que sabe una cosa, que sí la sabe, que cuando dice que va a hacer una cosa, puede hacerlo, y lo hace. Así, la fiabilidad se convierte en un pasaporte a la estima y confianza general de la humanidad.

En los asuntos de la vida o de los negocios, no es el intelecto el que dice tanto como el carácter, ni los cerebros como el corazón, ni el genio, sino el autocontrol, la paciencia y la disciplina, regulados por el juicio. Por lo tanto, no hay mejor disposición para los usos de la vida privada o pública, que una parte justa del sentido común guiado por la rectitud. El buen sentido, disciplinado por la experiencia e inspirado por la bondad, cuestiones de sabiduría práctica. De hecho, la bondad en una medida implica sabiduría —la sabiduría más elevada— la unión de lo mundana con lo espiritual. "Las correspondencias de sabiduría y bondad", dice Sir Henry Taylor, "son múltiples; y que se acompañarán unos a otros debe inferirse, no sólo porque la sabiduría de los hombres los hace buenos, sino porque su bondad los hace sabios".

Es debido a este poder controlador del carácter en la vida que a menudo vemos a los hombres ejercer una cantidad de influencia aparentemente fuera de toda proporción con sus dotes intelectuales. Parecen actuar por medio de algún poder latente, alguna fuerza reservada, que actúa secretamente, por mera presencia. Como dijo Burke de un poderoso noble del siglo pasado, "sus virtudes eran su medio". El secreto es que los objetivos de tales hombres se sienten puros y nobles, y actúan sobre otros con un poder restrictivo.

Aunque la reputación de los hombres de carácter genuino puede ser de crecimiento lento, sus verdaderas cualidades no pueden ocultarse por completo. Pueden ser tergiversados por algunos, e incomprensidos por otros; la desgracia y la adversidad pueden, por un tiempo, superarlos, pero, con paciencia y resistencia, eventualmente inspirarán el respeto y obtendrán la confianza que realmente merecen.

Se ha dicho de Sheridan que, si hubiera poseído la fiabilidad de carácter, podría haber gobernado el mundo; mientras que, a falta de ella, sus espléndidos dones eran comparativamente inútiles. Deslumbraba y divertía, pero no tenía peso ni influencia en la vida ni en la política. Incluso el pobre pantomimaista de Drury Lane se sentía superior. Por lo tanto, cuando Delpini un día presionó al gerente por atrasos en el salario, Sheridan lo reprendió bruscamente, diciéndole que había olvidado su puesto.

"No, en efecto, Monsieur Sheridan, no lo he hecho", replicó Delpini; "Conozco perfectamente la diferencia entre nosotros. En el nacimiento, la paternidad y la educación, eres superior a mí; pero en la vida, el carácter y el comportamiento, soy superior a ti".

A diferencia de Sheridan, Burke, su compatriota, era un gran hombre de carácter. Tenía treinta y cinco años antes de obtener un escaño en el Parlamento, pero encontró tiempo para tallar su nombre en lo más profundo de la historia política de Inglaterra. Era un hombre de grandes dones y de fuerza trascendente de carácter. Sin embargo, tenía una debilidad, que resultó ser un defecto grave: era su falta de temperamento; su genio fue sacrificado a su irritabilidad. Y sin este don aparentemente menor de temperamento, las más espléndidas dotes pueden ser comparativamente inútiles para su poseedor.

El carácter está formado por una variedad de circunstancias diminutas, más o menos bajo la regulación y el control del individuo. No pasa un día sin su disciplina, ya sea para bien o para mal. No hay acto, por trivial que sea, sino que tiene su tren de consecuencias, ya que no hay pelo tan pequeño sino que proyecta su sombra. Fue un sabio dicho de la madre de la señora Schimmelpenninck, para nunca dar paso a lo que es poco; o por ese poco, por mucho que lo desprecies, estarás prácticamente gobernado.

Cada acción, cada pensamiento, cada sentimiento, contribuye a la educación del temperamento, los hábitos y la comprensión; y ejerce una influencia inevitable sobre todos los actos de nuestra vida futura. Por lo tanto, el carácter está experimentando un cambio constante, para bien o para mal, ya sea siendo elevado por un lado, o degradado por el otro. "No hay culpa ni locura de mi vida", dice el Sr. Ruskin, "que no se levanta contra mí, y me quita mi alegría, y acorta mi poder de posesión, de vista, de comprensión. Y cada esfuerzo pasado de mi vida, cada destello de recabilidad o bien en ella, está conmigo ahora, para ayudarme en mi comprensión de este arte y su visión".

La ley mecánica, que la acción y la reacción son iguales, sostiene verdad también en moral. Las buenas hechos actúan y reaccionan sobre los hacedores de ellos; y también lo hacen el mal. No sólo así: producen efectos similares, por la influencia del ejemplo, sobre quienes son los sujetos de ellos. Pero el hombre no es la criatura, tanto como es el creador, de las circunstancias: y, mediante el ejercicio de su libre albedrío, puede dirigir sus acciones para que sean productivas del bien y no del mal. "Nada me puede hacer daño más que a mí mismo", dijo San Bernardo; "el daño que sostenimiento lo llevo conmigo; y nunca soy un verdadero sufridor, sino por mi propia culpa".

El mejor tipo de personaje, sin embargo, no se puede formar sin esfuerzo. Allí se necesita el ejercicio de la auto-vigilancia constante, la autodisciplina y el autocontrol. Puede haber mucho vacilante, tropiezos y derrota temporal; dificultades y tentaciones múltiples con las que hay que combatir y superar; pero si el espíritu es fuerte y el corazón está erguido, nadie necesita desesperación por el éxito final. El mismo esfuerzo por avanzar —para llegar a un nivel de carácter más alto del que hemos alcanzado— es inspirador y vigorizante; y aunque nos quedemos cortos, no podemos dejar de ser mejorados por cada esfuerzo honesto hecho en una dirección ascendente.

Y con la luz de grandes ejemplos que nos guían —representantes de la humanidad en sus mejores formas— cada uno no sólo está justificado, sino obligado en su deber, a apuntar a alcanzar el más alto estándar de carácter: no llegar a ser el más rico en medios, sino en espíritu; no el más grande en posición munda, sino en verdadero honor; no el más intelectual, sino el más virtuoso; no el más poderoso e influyente, sino el más veraz, recto y honesto.

Fue muy característico del difunto Príncipe Consorte —un hombre de la mente más pura, que impresionó e influyó poderosamente en los demás por la pura fuerza de su propia naturaleza benevolente— al redactar las condiciones del premio anual que le otorgaría Su Majestad en el Wellington College, para determinar que debía ser otorgado, no al niño más inteligente, ni al muchacho más reservado, ni al niño más preciso, diligente y prudente, sino al niño más noble, al niño que debería mostrar la mayor promesa de convertirse en un hombre de gran corazón y alto motivo.

El carácter se exhibe en la conducta, guiado e inspirado por el principio, la integridad y la sabiduría práctica. En su forma más elevada, es la voluntad individual que actúa enérgicamente bajo la influencia de la religión, la moralidad y la razón. Elige su camino con consideración, y lo persigue firmemente; estimando el deber por encima de la reputación, y la aprobación de la conciencia más que la alabanza del mundo. Respetando la personalidad de los demás, preserva su propia individualidad e independencia; y tiene el valor de ser moralmente honesto, aunque puede ser impopular, confiando tranquilamente en el tiempo y la experiencia para el reconocimiento.

Aunque la fuerza del ejemplo siempre ejercerá una gran influencia sobre la formación del carácter, la fuerza auto-originada y sustentadora del propio espíritu debe ser el pilar. Esto por sí solo puede sostener la vida, y dar independencia y energía individual. "A menos que el hombre pueda erigirse por encima de sí mismo", dijo Daniel, un poeta de la época isabelina, "¡qué pobre es una cosa el hombre!" Sin un cierto grado de fuerza práctica eficiente —compuesta de voluntad, que es la raíz, y sabiduría, que es el tallo del carácter— la vida será indefinida y sin propósito, como un

cuerpo de agua estancada, en lugar de una corriente en marcha que hace un trabajo útil y mantiene la maquinaria de un distrito en movimiento.

Cuando los elementos del carácter son llevados a la acción por una voluntad determinada, y, influenciados por un alto propósito, el hombre entra y persevera valientemente en el camino del deber, a cualquier costo de interés mundana, se puede decir que se acerca a la cumbre de su ser. Luego exhibe carácter en su forma más intrépida, y encarna la idea más elevada de hombría. Los actos de tal hombre se repiten en la vida y la acción de los demás. Sus mismas palabras viven y se convierten en acciones. Así, cada palabra de Lutero sonó a través de Alemania como una trompeta. Como dijo Richter de él: "Sus palabras fueron medias batallas". Y así la vida de Lutero se transfundió en la vida de su país, y todavía vive en el carácter de la Alemania moderna.

Por otro lado, la energía, sin integridad y sin un alma de bondad, sólo puede representar el principio encarnado del mal. Novalis observa, en sus 'Pensamientos sobre la moral', que el ideal de perfección moral no tiene rival más peligroso con el que lidiar que el ideal de la fuerza más alta y la vida más enérgica, el máximo del bárbaro, que sólo necesita una mezcla debida de orgullo, ambición y egoísmo, para ser un ideal perfecto del diablo. Entre los hombres de tal sello se encuentran los mayores azotes y devastadores del mundo, aquellos que eligen sinvergüenzas a quienes la Providencia, en sus inescrutables designios, permite cumplir su misión de destrucción en la tierra.

Muy diferente es el hombre de carácter energético inspirado por un espíritu noble, cuyas acciones se rigen por la rectitud, y la ley de cuya vida es el deber. Él es justo y recto, en sus negocios, en su acción pública y en su vida familiar, la justicia es tan esencial en el gobierno de un hogar como en una nación. Él será honesto en todas las cosas, en sus palabras y en su trabajo. Será generoso y misericordioso con sus oponentes, así como con aquellos que son más débiles que él. Se dijo verdaderamente de Sheridan—quien, con toda su improvisación, fue generoso, y nunca dio dolor—que,

"Su ingenio en el combate, tan suave como brillante, nunca llevó una mancha de corazón lejos en su hoja."

Tal era también el carácter de Fox, que comandaba el afecto y el servicio de los demás por su uniforme corazón y simpatía. Era un hombre que siempre podía ser tocado con mayor facilidad en el lado de su honor. Así, se cuenta la historia de un comerciante que le pide un día el pago de un pagaré que presentó. Fox se dedicaba en ese momento a contar el oro. El comerciante pidió que le pagaran con el dinero

que le había precedido. "No", dijo Fox, "le debo este dinero a Sheridan; es una deuda de honor; si me sucediera algún accidente, no tendría nada que mostrar". "Entonces", dijo el comerciante, "cambio MI deuda en una de honor", y arrancó la nota. Fox fue conquistado por el acto: agradeció al hombre por su confianza, y le pagó, diciendo: "Entonces Sheridan debe esperar; la suya es la deuda de los mayores".

El hombre de carácter es concienzudo. Él pone su conciencia en su trabajo, en sus palabras, en cada una de sus acciones. Cuando Cromwell pidió al Parlamento soldados en lugar de los hombres en servicio y tapsters que llenaban el ejército de la Commonwealth, exigió que fueran hombres "que hicieran algo de conciencia de lo que hacían", y tales eran los hombres de los que estaba compuesto su célebre regimiento de "Ironsides".

El hombre de carácter también es reverencial. La posesión de esta cualidad marca el tipo más noble y más alto de hombría y feminidad: reverencia por las cosas consagradas por el homenaje de generaciones —por objetos elevados, pensamientos puros y nobles objetivos— por los grandes hombres de tiempos anteriores, y los trabajadores de mente alta entre nuestros contemporáneos. La reverencia es igualmente indispensable para la felicidad de los individuos, de las familias y de las naciones. Sin ella no puede haber confianza, ni fe, ni confianza, ni en el hombre ni en Dios, ni paz social ni progreso social. Porque la reverencia no es más que otra palabra para la religión, que une a los hombres entre sí, y todo a Dios.

"El hombre de espíritu noble", dice Sir Thomas Overbury, "convierte todos los acontecimientos en experiencia, entre la cual la experiencia y su razón por la que hay matrimonio, y el problema son sus acciones. Se mueve por afecto, no por afecto; ama la gloria, desprecia la vergüenza, y gobierna y obedece con un solo semblante, porque viene de una consideración. Sabiendo que la razón no es un regalo ocioso de la naturaleza, él es el edista de su propio destino. La verdad es su diosa, y se esfuerza por conseguirla, no por parecerse a ella. Para la sociedad de los hombres es un sol, cuya claridad dirige sus pasos en un movimiento regular. Es el amigo del sabio, el ejemplo de lo indiferente, la medicina de los viciosos. Así, el tiempo no va de él, sino con él, y siente la edad más por la fuerza de su alma que por la debilidad de su cuerpo. Por lo tanto, no siente ningún dolor, pero estima todas las cosas como amigos, ese deseo de quitarse las cadenas y ayudarlo a salir de la cárcel".

La energía de la voluntad —la fuerza auto-originada— es el alma de todo gran personaje. Donde está, hay vida; donde no lo es, hay desmayo, impotencia y desaliento. "El hombre fuerte y la cascada", dice el proverbio, "canalizan su propio camino". El líder enérgico del espíritu noble no sólo gana un camino para sí mismo, sino que lleva a otros con él. Cada uno de sus actos tiene un significado personal, lo

que indica vigor, independencia y autosuficiencia, e inconscientemente exige respeto, admiración y homenaje. Tal intrepidez de carácter caracterizó a Lutero, Cromwell, Washington, Pitt, Wellington, y todos los grandes líderes de los hombres.

"Estoy convencido", dijo el Sr. Gladstone, al describir las cualidades del difunto Lord Palmerston en la Cámara de los Comunes, poco después de su muerte, "estoy convencido de que fue la fuerza de la voluntad, el sentido del deber y la determinación de no ceder, lo que le permitió hacerse un modelo para todos los que aún permanecemos y seguirlo. , con pasos débiles y desiguales, en el desempeño de nuestras funciones; era esa fuerza de voluntad la que en realidad no luchaba tanto contra las enfermedades de la vejez, sino que las repelía y las mantenía a distancia. Y otra cualidad hay, al menos, que se puede notar sin el más mínimo riesgo de agitar en cualquier pecho una emoción dolorosa. Es esto, que Lord Palmerston tenía una naturaleza incapaz de soportar la ira o cualquier sentimiento de ira. Esta libertad del sentimiento iracundo no fue el resultado de un esfuerzo doloroso, sino el fruto espontáneo de la mente. Fue un don noble de su naturaleza original, un don que más allá de todos los demás fue encantador observar, encantador también recordar en relación con aquel que nos ha dejado, y con quien ya no tenemos que hacer, excepto en el esfuerzo de beneficiarnos de su ejemplo dondequiera que pueda llevarnos en el camino del deber y del derecho. , y de otorgarle aquellos homenajes de admiración y afecto que merece en nuestras manos."

El gran líder atrae a sí mismo a hombres de carácter afín, atrayendo hacia él mientras la piedra de carga dibuja el hierro. Así, Sir John Moore distinguió tempranamente a los tres hermanos Napier de la multitud de oficiales por los que estaba rodeado, y ellos, por su parte, le recompensaron con su admiración apasionada. Quedaron cautivados por su cortesía, su valentía y su elevada desinterés; y se convirtió en el modelo al que decidieron imitar y, si es posible, emular. "La influencia de Moore", dice el biógrafo de Sir William Napier, "tuvo un efecto de señal en la formación y maduración de sus personajes; y no es poca gloria haber sido el héroe de esos tres hombres, mientras que su descubrimiento temprano de sus cualidades mentales y morales es una prueba de la propia penetración y juicio de carácter de Moore".

Hay una contagiosidad en cada ejemplo de conducta energética. El hombre valiente es una inspiración para los débiles, y los obliga, por así decirlo, a seguirlo. Así, Napier relata que en el combate de Vera, cuando el centro español estaba roto y en vuelo, un joven oficial, llamado Havelock, se adelantó y, agitando su sombrero, llamó a los españoles a la vista para que lo siguieran. Poniendo espuelas a su caballo, saltó los abbatis que protegían el frente francés, y se fue de cabeza contra ellos. Los españoles estaban electrificados; en un momento corrieron tras él, animando a "¡EL CHICO

BLANCO!". [10el chico justo], y con un choque rompieron a través de los franceses y los enviaron volando cuesta abajo.

Y así es en la vida ordinaria. Lo bueno y lo grande atraen a otros tras ellos; aligeran y levantan a todos los que están al alcance de su influencia. Son tantos centros vivos de actividad benéfica. Que un hombre de carácter enérgico y recto sea nombrado para una posición de confianza y autoridad, y todos los que sirven bajo él se vuelven, por así decirlo, conscientes de un aumento de poder. Cuando Chatham fue nombrado ministro, su influencia personal se sintió de inmediato a través de todas las ramificaciones del cargo. Todos los marineros que sirvieron a las órdenes de Nelson, y sabían que estaba al mando, compartieron la inspiración del héroe.

Cuando Washington consintió en actuar como comandante en jefe, se sintió como si la fuerza de las fuerzas estadounidenses se hubiera más que duplicado. Muchos años tarde; en 1798, cuando Washington, envejeció, se había retirado de la vida pública y vivía retirado en Mount Vernon, y cuando parecía probable que Francia declarara la guerra contra los Estados Unidos, el presidente Adams le escribió, diciéndole: "Debemos tener tu nombre, si nos permites usarlo; habrá más eficacia en ella que en muchos ejércitos". ¡Tal era la estima en que sus compatriotas tenían el noble carácter y las eminentes capacidades del gran Presidente!

Un incidente es relatado por el historiador de la Guerra peninsular, ilustrativo de la influencia personal ejercida por un gran comandante sobre sus seguidores. El ejército británico yacía en Sauroren, ante el cual Soult avanzaba, preparado para atacar, con fuerza. Wellington estaba ausente, y su llegada fue ansiosamente buscada. De repente, un solo jinete fue visto cabalgando por la montaña solo. Era el duque, a punto de unirse a sus tropas. Uno de los batallones portugueses de Campbell lo denunció primero, y levantó un grito alegre; entonces el clamor estridente, atrapado por el siguiente regimiento, pronto se engrosó a medida que corría a lo largo de la línea en ese grito atroz que el soldado británico está a la hora de dar al borde de la batalla, y que ningún enemigo escuchó impasible. De repente se detuvo en un punto conspicuo, ya que deseaba que ambos ejércitos supieran que estaba allí, y un espía doble que estaba presente señaló a Soult, que estaba tan cerca que se podían distinguir sus rasgos. Atentamente Wellington fijó sus ojos en ese hombre formidable, y, como si hablara a sí mismo, dijo: "Yonder es un gran comandante; pero es cauteloso, y retrasará su ataque para determinar la causa de esos vítores; eso dará tiempo para que llegue la Sexta División, y yo le ganaré", lo que hizo.

En algunos casos, el carácter personal actúa por una especie de influencia talismán, como si ciertos hombres fueran los órganos de una especie de fuerza sobrenatural. "Si yo no estampo en el suelo en Italia", dijo Pompeyo, "aparecerá un ejército". En la voz

de Pedro el Ermitaño, según lo descrito por el historiador, "Europa se levantó, y se precipitó sobre Asia." Se dijo del califa Omar que su bastón aterrizó más a quienes lo vieron que la espada de otro hombre. Los nombres mismos de algunos hombres son como el sonido de una trompeta. Cuando el Douglas yacía mortalmente herido en el campo de Otterburn, ordenó que su nombre fuera gritado aún más fuerte que antes, diciendo que había una tradición en su familia de que un Douglas muerto debía ganar una batalla. Sus seguidores, inspirados por el sonido, reunieron un nuevo valor, se unieron y conquistaron; y así, en palabras del poeta escocés:—

"El Douglas muerto, su nombre ha ganado el campo."

Ha habido algunos hombres cuyas mayores conquistas se han logrado después de que ellos mismos estaban muertos. "Nunca", dice Michelet, "fue César más vivo, más poderoso, más terrible, que cuando su cuerpo viejo y desgastado, su cadáver fornecido, yacía atravesado por golpes; apareció entonces purificado, redimido, lo que había sido, a pesar de sus muchas manchas, el hombre de la humanidad". Nunca el gran personaje de Guillermo de Orange, apodado el Silencioso, ejerció mayor poder sobre sus compatriotas que después de su asesinato en Delft por el emisario de los jesuitas. El mismo día de su asesinato, los Estados de Holanda resolvieron "mantener la buena causa, con la ayuda de Dios, hasta lo más mínimo, sin escatimar oro ni sangre", y cumplieron su palabra.

La misma ilustración se aplica a toda la historia y la moral. La carrera de un gran hombre sigue siendo un monumento perdurable de la energía humana. El hombre muere y desaparece; pero sus pensamientos y actos sobreviven, y dejan un sello imborrable en su raza. Y así el espíritu de su vida se prolonga y perpetúa, moldeando el pensamiento y la voluntad, y contribuyendo así a formar el carácter del futuro. Son los hombres que avanzan en las direcciones más altas y mejores, quienes son los verdaderos faros del progreso humano. Son como luces puestas en una colina, iluminando la atmósfera moral que los rodea; y la luz de su espíritu continúa brillando sobre todas las generaciones venideas.

Es natural admirar y venerar a hombres realmente grandes. Santan a la nación a la que pertenecen, y levantan no sólo a todos los que viven en su tiempo, sino a los que viven después de ellos. Su gran ejemplo se convierte en el patrimonio común de su raza; y sus grandes obras y grandes pensamientos son el más glorioso de los legados para la humanidad. Conectan el presente con el pasado, y ayudan en el propósito creciente del futuro; mantener en alto el estándar de principio, mantener la dignidad del carácter humano y llenar la mente con tradiciones e instintos de todo lo que es más digno y noble en la vida.

El carácter, encarnado en el pensamiento y la escritura, es de la naturaleza de la inmortalidad. El pensamiento solitario de un gran pensador habitará en las mentes de los hombres durante siglos hasta que en detalle se integre en su vida cotidiana y práctica. Vive a través de las edades, hablando como una voz de los muertos, e influyendo en las mentes que viven con miles de años de diferencia. Así, Moisés y David y Salomón, Platón y Sócrates y Jenofonte, Séneca y Cicerón y Epicteto, todavía nos hablan desde sus tumbas. Todavía detienen la atención, y ejercen una influencia sobre el carácter, aunque sus pensamientos se transmiten en idiomas tácitos por ellos y en su tiempo desconocido. Theodore Parker ha dicho que un solo hombre como Sócrates valía más para un país que muchos estados como Carolina del Sur; que si ese estado saliera del mundo hoy en día, ella no habría hecho tanto por el mundo como Sócrates.

Los grandes trabajadores y los grandes pensadores son los verdaderos hacedores de la historia, que no es más que una humanidad continua influenciada por hombres de carácter —por grandes líderes, reyes, sacerdotes, filósofos, estadistas y patriotas— la verdadera aristocracia del hombre. De hecho, el Sr. Carlyle ha declarado ampliamente que la Historia Universal es, en el fondo, pero la historia de los Grandes Hombres. Ciertamente marcan y señalan las épocas de la vida nacional. Su influencia es activa, así como reactiva. Aunque su mente es, en una medida; el producto de su edad, la mente pública es también, en gran medida, su creación. Su acción individual identifica la causa: la institución. Piensan grandes pensamientos, los echan al extranjero, y los pensamientos hacen eventos. Así, los primeros reformadores iniciaron la Reforma, y con ella la liberación del pensamiento moderno. Emerson ha dicho que toda institución debe ser considerada como la sombra alargada de algún gran hombre: como el islamismo de Mahomet, el puritanismo de Calvino, el jesuitismo de Loyola, el cuáquero de Fox, el metodismo de Wesley, el abolicionismo de Clarkson.

Los grandes hombres estampan su mente en su edad y nación, como Lutero lo hizo en la Alemania moderna, y Knox en Escocia. Y si hay un hombre más que otro que estampó su mente en la Italia moderna, ese fue Dante. Durante los largos siglos de degradación italiana sus palabras ardientes fueron como un fuego de vigilancia y un faro para todos los hombres verdaderos. Él era el heraldo de la libertad de su nación, desafiando la persecución, el exilio y la muerte, por amor a ella. Siempre fue el más nacional de los poetas italianos, el más querido, el más leído. Desde el momento de su muerte todos los italianos educados tenían sus mejores pasajes de memoria; y los sentimientos que consagraron inspiraron sus vidas, y eventualmente influyeron en la historia de su nación. "Los italianos", escribió Byron en 1821, "hablan Dante, escriben Dante, y piensan y sueñan con Dante, en este momento, con un exceso que sería ridículo, pero que merece su admiración".

Una sucesión de hombres dotados de diversas maneras en diferentes edades, que se extiende desde Alfred hasta Alberto, ha contribuido de la misma manera, con su vida y ejemplo, a dar forma al carácter multiforme de Inglaterra. De estos, probablemente los más influyentes fueron los hombres del isabelino y el cromwelliano, y los períodos intermedios —entre los que encontramos los grandes nombres de Shakspeare, Raleigh, Burleigh, Sidney, Bacon, Milton, Herbert, Hampden, Pym, Eliot, Vane, Cromwell, y muchos más— algunos de ellos hombres de gran fuerza, y otros de gran dignidad y pureza de carácter. Las vidas de tales hombres se han convertido en parte de la vida pública de Inglaterra, y sus hechos y pensamientos son considerados como uno de los legados más preciados del pasado.

Así que Washington dejó tras de sí, como uno de los mayores tesoros de su país, el ejemplo de una vida inoxidable —de carácter grande, honesto, puro y noble— un modelo para que su nación se forme en todo momento. Y en el caso de Washington, como en tantos otros grandes líderes de hombres, su grandeza no consistía tanto en su intelecto, su habilidad y su genio, como en su honor, su integridad, su veracidad, su alto y controlador sentido del deber, en una palabra, en su genuina nobleza de carácter.

Hombres como estos son el verdadero alma del país al que pertenecen. Lo elevan y sostienen, lo fortifican y ennoblecen, y derraman una gloria sobre él por el ejemplo de vida y carácter que han legado. "Los nombres y recuerdos de grandes hombres", dice un hábil escritor, "son la dote de una nación. La viudez, el derrocamiento, la deserción, incluso la esclavitud, no pueden quitarle esta herencia sagrada... Cada vez que la vida nacional comienza a acelerarse... los héroes muertos se levantan en la memoria de los hombres, y aparecen a los vivos para permanecer de pie en solemne espectador y aprobación. No se puede perder ningún país que se sienta pasado por alto por testigos tan gloriosos. Son la sal de la tierra, tanto en la muerte como en la vida. Lo que hicieron una vez, sus descendientes todavía tienen y siempre el derecho de hacer después de ellos; y su ejemplo vive en su país, un estimulante continuo y un estímulo para aquel que tiene el alma para adoptarlo".

Pero no son sólo los grandes hombres los que hay que tener en cuenta al estimar las cualidades de una nación, sino el carácter que impregna el gran cuerpo del pueblo. Cuando Washington Irving visitó Abbotsford, Sir Walter Scott le presentó a muchos de sus amigos y favoritos, no sólo entre los agricultores vecinos, sino también entre el campesinado trabajador. "Deseo mostrarles", dijo Scott, "algunos de nuestros realmente excelentes escoceses. El carácter de una nación no debe aprenderse de su buena gente, sus buenos caballeros y damas; tales te encuentras en todas partes, y ellos son en todas partes iguales". Mientras que los estadistas, filósofos y divinos representan el poder de pensamiento de la sociedad, los hombres que fundaron

industrias y labraron nuevas carreras, así como el cuerpo común de trabajadores, de quienes la fuerza y el espíritu nacionales son reclutados de vez en cuando, necesariamente deben proporcionar la fuerza vital y constituir la verdadera columna vertebral de cada nación.

Las naciones tienen su carácter que mantener, así como los individuos; y bajo los gobiernos constitucionales —donde todas las clases participan más o menos en el ejercicio del poder político— el carácter nacional dependerá necesariamente más de las cualidades morales de muchos que de unos pocos. Y las mismas cualidades que determinan el carácter de los individuos, también determinan el carácter de las naciones. A menos que sean de mente alta, veraces, honestos, virtuosos y valientes, serán tenidos en ligera estima por otras naciones, y estarán sin peso en el mundo. Para tener carácter, también deben ser reverenciales, disciplinados, autocontrolables y dedicados al deber. La nación que no tiene un dios más alto que el placer, o incluso los dólares o el calico, debe estar en una mala manera. Era mejor volver a los dioses de Homer que dedicarse a estos; para las deidades paganas al menos la imagen de las virtudes humanas, y eran algo a tener en cuenta.

En cuanto a las instituciones, por muy buenas que sean en sí mismas, servirán de poco para mantener el nivel de carácter nacional. Son los hombres individuales, y el espíritu que los acciona, los que determinan la posición moral y la estabilidad de las naciones. El gobierno, a largo plazo, no suele ser mejor que el pueblo gobernado. Donde la masa es sana en conciencia, moral y hábito, la nación será gobernada honestamente y noblemente. Pero donde son corruptos, egoístas y deshonestos de corazón, no están obligados ni por la verdad ni por la ley, el gobierno de los pícaros y los alambreadores se vuelve inevitable.

La única barrera verdadera contra el despotismo de la opinión pública, ya sea de muchos o de unos pocos, es la libertad individual ilustrada y la pureza del carácter personal. Sin ellos no puede haber una virilidad vigorosa, ninguna verdadera libertad en una nación. Los derechos políticos, por muy amplios que se enmarquen, no elevarán a un pueblo individualmente depravado. De hecho, cuanto más completo sea un sistema de sufragio popular, y cuanto más perfecta sea su protección, más completamente se reflejará el carácter real de un pueblo, como un espejo, en sus leyes y gobierno. La moral política nunca puede tener una existencia sólida sobre la base de la inmoralidad individual. Incluso la libertad, ejercida por un pueblo degradado, llegaría a ser considerada como una molestia, y la libertad de prensa, pero un respiradero para el libertinaje y la abominación moral.

Las naciones, como los individuos, obtienen apoyo y fuerza del sentimiento de que pertenecen a una raza ilustre, que son los herederos de su grandeza y deben ser los

perpetuadores de su gloria. Es de trascendental importancia que una nación tenga un gran pasado para mirar hacia atrás. Estabiliza la vida del presente, la eleva y la sostiene, y la aligera y eleva, por el recuerdo de las grandes hechos, los nobles sufrimientos y los logros valerosos de los hombres de antaño. La vida de las naciones, como la de los hombres, es un gran tesoro de experiencia, que, sabiamente utilizado, cuestiones de progreso y mejora social; o, mal utilizado, problemas en sueños, delirios y fracasos. Al igual que los hombres, las naciones son purificadas y fortalecidas por las pruebas. Algunos de los capítulos más gloriosos de su historia son los que contienen el registro de los sufrimientos mediante los cuales se ha desarrollado su carácter. El amor a la libertad y el sentimiento patriótico pueden haber hecho mucho, pero la prueba y el sufrimiento noblemente soportaron más que todos.

Gran parte de lo que pasa por el nombre de patriotismo en estos días consiste en el más mezquino fanatismo y estrechez de miras; exhibiéndose en prejuicios nacionales, en vanidad nacional, en medio del odio nacional. No se muestra en hechos, sino en jactancias —en aullidos, gesticulaciones y chillidos impotentes en busca de ayuda— en ondear banderas y cantar canciones— y en perpetuas muerdas en la zanfoca de agravios muertos hace mucho tiempo y agravios largamente remediados. Estar infestado por tal patriotismo como este es, tal vez, entre las mayores maldiciones que pueden caer sobre cualquier país.

Pero así como hay un innoble, también hay un patriotismo noble —el patriotismo que vigoriza y eleva a un país por trabajo noble— que cumple con su deber con veracidad y hombría, que vive una vida honesta, sobria y recta, y se esfuerza por hacer el mejor uso de las oportunidades de mejora que se presentan en todos los lados; y al mismo tiempo un patriotismo que atesora la memoria y el ejemplo de los grandes hombres de antaño, que, con sus sufrimientos en la causa de la religión o de la libertad, han ganado para sí mismos una gloria sin muerte, y para su nación aquellos privilegios de vida libre e instituciones libres de las que son herederos y poseedores.

Las naciones no deben ser juzgadas por su tamaño más que los individuos:

"no está creciendo como un árbol a granel, hacer que el hombre sea mejor."

Para que una nación sea grande, no tiene por qué ser necesariamente grande, aunque la grandeza a menudo se confunde con la grandeza. Una nación puede ser muy grande en el punto de territorio y población y, sin embargo, estar desprovista de verdadera grandeza. El pueblo de Israel era un pueblo pequeño, sin embargo, ¡qué gran vida desarrollaron, y cuán poderosa es la influencia que han ejercido en los destinos de la humanidad! Grecia no era grande: toda la población de Attica era

menor que la de South Lancashire. Atenas era menos poblada que Nueva York; y sin embargo, ¡qué grande fue en el arte, en la literatura, en la filosofía y en el patriotismo!

Pero era la debilidad fatal de Atenas que sus ciudadanos no tuvieran una verdadera vida familiar o hogar, mientras que sus hombres libres eran superados en número por sus esclavos. Sus hombres públicos estaban sueltos, si no corruptos, en la moral. Sus mujeres, incluso las más logradas, eran unchaste. De ahí que su caída se hiciera inevitable, y fuera incluso más repentina que su ascenso.

De la misma manera, el declive y la caída de Roma fueron atribuibles a la corrupción general de su pueblo, y a su apasionante amor por el placer y la ociosidad: el trabajo, en los últimos días de Roma, se consideraba sólo apto para los esclavos. Sus ciudadanos dejaron de enorgullecerse de las virtudes de carácter de sus grandes antepasados; y el imperio cayó porque no merecía vivir. Y así, las naciones que son ociosas y lujosas —que "más bien perderán una libra de sangre", como dice el viejo Burton, "en un solo combate, que una gota de sudor en cualquier trabajo honesto"— deben morir inevitablemente, y las laboriosas naciones enérgicas toman su lugar.

Cuando Louis XIV. preguntado por Colbert cómo era que, gobernando un país tan grande y poblado como Francia, no había podido conquistar un país tan pequeño como Holanda, el ministro respondió: "Porque, Señor, la grandeza de un país no depende de la extensión de su territorio, sino del carácter de su gente. Es debido a la industria, la frugalidad y la energía de los holandeses que su Majestad los ha encontrado tan difíciles de superar".

También se relata a Spínola y Richardet, los embajadores enviados por el Rey de España para negociar un tratado en La Haya en 1608, que un día vieron a unas ocho o diez personas desembarcar de un pequeño barco, y, sentados sobre la hierba, proceder a hacer una comida de pan y queso y cerveza. "¿Quiénes son esos viajeros?", preguntaron los embajadores de un campesino. "Estos son maestros adoradores, los diputados de los Estados", fue su respuesta. Spinola le susurró de inmediato a su compañero: "Debemos hacer la paz: estos no son hombres que hay que conquistar".

En fin, la estabilidad de las instituciones debe depender de la estabilidad del carácter. Cualquier número de unidades depravadas no puede formar una gran nación. La gente puede parecer muy civilizada y, sin embargo, estar lista para caer en pedazos al primer toque de adversidad. Sin integridad de carácter individual, no pueden tener verdadera fuerza, cohesión, solidez. Pueden ser ricos, educados y artísticos; y, sin embargo, al borde de la ruina. Si viven sólo para sí mismos, y sin más fin que el placer —cada pequeño yo es su pequeño dios— tal nación está condenada, y su decadencia es inevitable.

Cuando el carácter nacional deja de defenderse, una nación puede considerarse casi perdida. Donde deja de estimar y practicar las virtudes de la veracidad, la honestidad, la integridad y la justicia, no merece vivir. Y cuando llega el momento en que la riqueza se ha corrompido tanto, o el placer tan depravado, o la facción ha encaprichado tanto al pueblo, ese honor, orden, obediencia, virtud y lealtad aparentemente se han convertido en cosas del pasado; entonces, en medio de la oscuridad, cuando los hombres honestos —si, por desgracia, quedan tales— andan a tientas y sienten por las manos de los demás, su única esperanza restante estará en la restauración y elevación del Carácter Individual; porque sólo por eso se puede salvar una nación; y si el carácter se pierde irrecuperablemente, entonces de hecho no quedará nada que valga la pena salvar.

CAPÍTULO II. EL PODER DE LA FAMILIA

El hogar es la primera y más importante escuela de carácter. Es allí donde cada ser humano recibe su mejor entrenamiento moral, o su peor; porque es allí donde él impregna esos principios de conducta que perduran a través de la virilidad, y cesan sólo con la vida.

Es un dicho común que "Los modales hacen al hombre;" y hay un segundo, que "la mente hace al hombre;" pero más cierto que cualquiera de los dos es un tercero, que "El hogar hace al hombre." Para el hogar-entrenamiento incluye no sólo los modales y la mente, pero el carácter. Es principalmente en el hogar que se abre el corazón, se forman los hábitos, se despierta el intelecto y se moldea el carácter para el bien o para el mal.

A partir de esa fuente, ya sea pura o impura, emiten los principios y máximas que rigen la sociedad. La ley misma no es más que el reflejo de los hogares. Los pedacitos más pequeños de opinión sembrados en las mentes de los niños en la vida privada después se emiten al mundo, y se convierten en su opinión pública; porque las naciones están reunidas en guarderías, y las que tienen las riendas de los niños pueden incluso ejercer un poder mayor que las que ejercen las riendas del gobierno. [111](#)

Es en el orden de la naturaleza que la vida doméstica debe ser preparatoria para lo social, y que la mente y el carácter deben formarse primero en el hogar. Allí los individuos que luego forman la sociedad son tratados en detalle, y se van formando uno por uno. De la familia entran en la vida, y avanzan de la niñez a la ciudadanía. Por lo tanto, el hogar puede ser considerado como la escuela más influyente de la civilización. Porque, después de todo, la civilización se resuelve principalmente en una cuestión de formación individual; y de acuerdo a medida que los respectivos miembros de la sociedad estén bien o mal formados en la juventud, también la comunidad que constituyen será más o menos humanizada y civilizada.

La formación de cualquier hombre, incluso el más sabio, no puede dejar de ser poderosamente influenciado por el entorno moral de sus primeros años. Él viene al mundo indefenso, y absolutamente dependiente de aquellos a su alrededor para la crianza y la cultura. Desde el primer aliento que toma, comienza su educación. Cuando una madre le preguntó una vez a un clérigo cuándo debía comenzar la educación de su hijo, entonces de cuatro años, él respondió: "Señora, si usted no ha comenzado ya, usted ha perdido esos cuatro años. Desde la primera sonrisa que brilla en la mejilla de un bebé, comienza tu oportunidad".

Pero incluso en este caso la educación ya había comenzado; porque el niño aprende por simple imitación, sin esfuerzo, casi a través de los poros de la piel. "Un figtree que

mira en un figtree se vuelve fructífero", dice el proverbio árabe. Y lo mismo ocurre con los niños; su primer gran instructor es el ejemplo.

Por muy aparentemente triviales que sean las influencias que contribuyen a formar el carácter del niño, perduran a través de la vida. El carácter del niño es el núcleo del hombre; toda educación posterior no es más que superposición; la forma del cristal sigue siendo la misma. Por lo tanto, el dicho del poeta es cierto en gran medida: "El niño es el padre del hombre" o, como dice Milton, "La infancia muestra al hombre, como la mañana muestra el día". Aquellos impulsos de conducta que duran más y están arraigados en lo más profundo, siempre tienen su origen cerca de nuestro nacimiento. Es entonces cuando se implantan por primera vez los gérmenes de virtudes o vicios, de sentimientos o sentimientos, que determinan el carácter de por vida.

El niño está, por así decirlo, puesto en la puerta de un mundo nuevo, y abre los ojos sobre las cosas, todas las cuales están llenas de novedad y asombro. Al principio le basta con mirar; pero por y por medio comienza a ver, a observar, a comparar, a aprender, a almacenar impresiones e ideas; y bajo sabia guía el progreso que él hace es realmente maravilloso. Lord Brougham ha observado que entre las edades de dieciocho y treinta meses, un niño aprende más del mundo material, de sus propios poderes, de la naturaleza de otros cuerpos, e incluso de su propia mente y otras mentes, de lo que adquiere en todo el resto de su vida. El conocimiento que un niño acumula, y las ideas generadas en su mente, durante este período, son tan importantes, que si pudiéramos imaginar que luego serían borradas, todo el aprendizaje de un wrangler senior en Cambridge, o un hombre de primera clase en Oxford, sería como nada para ello, y literalmente no permitiría que su objeto prolongara su existencia durante una semana.

Es en la infancia cuando la mente está más abierta a las impresiones, y lista para ser encendida por la primera chispa que cae en ella. Las ideas se atrapan rápidamente y viven de manera duradera. Así se dice que Scott recibió, su primera inclinación hacia la literatura de balada de las recitaciones de su madre y abuela en su audición mucho antes de que él mismo hubiera aprendido a leer. La infancia es como un espejo, que refleja en la vida después de la vida las imágenes que se le presentaron por primera vez. Lo primero continúa para siempre con el niño. La primera alegría, la primera tristeza, el primer éxito, el primer fracaso, el primer logro, la primera desventura, pintan el primer plano de su vida.

Todo esto mientras, también, el entrenamiento del personaje está en progreso—del temperamento, la voluntad y los hábitos—de los cuales depende gran parte de la felicidad de los seres humanos en la vida después de la vida. Aunque el hombre está

dotado de un cierto poder de autoactuando y autoayuda de contribuir a su propio desarrollo, independientemente de las circunstancias circundantes, y de reaccionar sobre la vida que lo rodea, el sesgo dado a su carácter moral en la vida temprana es de inmensa importancia. Coloque incluso al filósofo de mente más alta en medio de la incomodidad diaria, la inmoralidad y la vileza, y gravitará insensiblemente hacia la brutalidad. ¡Cuánto más susceptible es el niño impresionable e indefenso en medio de tal entorno! No es posible criar una naturaleza bondadosa, sensible al mal, pura en mente y corazón, en medio de la tosquedad, la incomodidad y la impureza.

Así, los hogares, que son las guarderías de los niños que crecen hasta convertirse en hombres y mujeres, serán buenos o malos según el poder que los rija. Donde el espíritu de amor y deber impregna el hogar—donde la cabeza y el corazón llevan sabiamente gobiernan allí—donde la vida cotidiana es honesta y virtuosa—donde el gobierno es sensato, amable y amoroso, entonces podemos esperar de tal hogar un tema de seres sanos, útiles y felices, capaces, a medida que ganan la fuerza requerida, de seguir los pasos de sus padres, de caminar rectamente, gobernarse sabiamente y contribuir al bienestar de quienes los rodean.

Por otro lado, si están rodeados de ignorancia, tosquedad y egoísmo, asumirán inconscientemente el mismo carácter, y crecerán hasta los años adultos groseros, incultos y aún más peligrosos para la sociedad si se colocan en medio de las múltiples tentaciones de lo que se llama vida civilizada. "Dale a tu hijo para que sea educado por un esclavo", dijo un griego antiguo, "y en lugar de un esclavo, entonces tendrás dos".

El niño no puede evitar imitar lo que ve. Todo es para él un modelo de manera, de gesto, de habla, de hábito, de carácter. "Para el niño", dice Richter, "la era más importante de la vida es la de la infancia, cuando comienza a colorearse y moldearse a sí mismo por compañía con los demás. Cada nuevo educador tiene menos efectos que su predecesor; hasta que por fin, si consideramos toda la vida como una institución educativa, un circunnavegador del mundo está menos influenciado por todas las naciones que ha visto que por su enfermera". Los modelos son, por lo tanto, de suma importancia para moldear la naturaleza del niño; y si tenemos buenos caracteres, necesariamente debemos presentar ante ellos modelos finos. Ahora, el modelo más constantemente ante el ojo de cada niño es la Madre.

Una buena madre, dijo George Herbert, vale más que cien maestros de escuela. En el hogar ella es "piedra de carga para todos los corazones, y loadstar para todos los ojos." La imitación de ella es constante: la imitación, que Bacon define con "un globo de preceptos". Pero el ejemplo es mucho más que un precepto. Es instrucción en acción. Es enseñar sin palabras, a menudo ejemplificando más de lo que la lengua

puede enseñar. Frente al mal ejemplo, el mejor de los preceptos son de poco provecho. Se sigue el ejemplo, no los preceptos. De hecho, el precepto en desacuerdo con la práctica es peor que inútil, en la medida en que sólo sirve para enseñar el más cobarde de los vicios: la hipocresía. Incluso los niños son jueces de la coherencia, y las lecciones del padre que dice una cosa y hace lo contrario, se ven rápidamente a través de. La enseñanza del fraile no valía mucho, que predicaba la virtud de la honestidad con un ganso robado en la manga.

Por imitación de actos, el personaje se vuelve lenta e imperceptiblemente, pero en longitud decididamente formado. Los diversos actos pueden parecer en sí mismos triviales; pero también lo son los actos continuos de la vida cotidiana. Como los copos de nieve, caen sin ser engañados; cada copo añadido a la pila no produce ningún cambio sensato, y sin embargo la acumulación de copos de nieve hace que la avalancha. También lo hacen los actos repetidos, uno tras otro, se consolidan en el hábito, determinan la acción del ser humano para bien o para mal, y, en una palabra, forman el carácter.

Es porque la madre, mucho más que el padre, influye en la acción y la conducta del niño, que su buen ejemplo es de mucha mayor importancia en el hogar. Es fácil entender cómo debería ser así. El hogar es el dominio de la mujer, su reino, donde ejerce todo el control. Su poder sobre los pequeños temas que gobierna allí es absoluto. La admiran por todo. Ella es el ejemplo y el modelo constantemente ante sus ojos, a quienes inconscientemente observan e imitan.

Cowley, hablando de la influencia del ejemplo temprano, y las ideas implantadas tempranamente en la mente, las compara con las letras cortadas en la corteza de un árbol joven, que crecen y se ensanchan con la edad. Las impresiones que se hicieron entonces, por muy leves que parezcan, nunca se borran. Las ideas luego implantadas en la mente son como semillas caídas en el suelo, que yacen allí y germinan por un tiempo, luego surgen en actos, pensamientos y hábitos. Así la madre vive otra vez en sus niños. Inconscientemente se moldean a sí mismos después de su manera, su discurso, su conducta y su método de vida. Sus hábitos se convierten en los suyos; y su carácter se repite visiblemente en ellos.

Este amor maternal es la providencia visible de nuestra raza. Su influencia es constante y universal. Comienza con la educación del ser humano en el comienzo de la vida, y se prolonga en virtud de la poderosa influencia que toda buena madre ejerce sobre sus hijos a través de la vida. Cuando se lanzan al mundo, cada uno para participar en sus trabajos, ansiedades y pruebas, todavía recurren a su madre en busca de consuelo, si no de consejo, en su momento de problemas y dificultades. Los pensamientos puros y buenos que ella ha implantado en sus mentes cuando son niños,

continúan creciendo en buenos actos, mucho después de que ella está muerta; y cuando no hay nada más que un recuerdo de su izquierda, sus hijos se levantan y la llaman bendecida.

No es decir demasiado a la aver que la felicidad o la miseria, la iluminación o la ignorancia, la civilización o la barbarie del mundo, depende en un grado muy alto del ejercicio del poder de la mujer dentro de su reino especial de hogar. De hecho, Emerson dice, amplia y verdaderamente, que "una medida suficiente de civilización es la influencia de las buenas mujeres". Se puede decir que la posteridad está ante nosotros en la persona del niño en el regazo de la madre. Lo que ese niño eventualmente se convertirá, depende principalmente de la capacitación y el ejemplo que ha recibido de su primer y más influyente educador.

La mujer, por encima de todas las demás educadoras, educa humanamente. El hombre es el cerebro, pero la mujer es el corazón de la humanidad; él su juicio, ella su sensación; él su fuerza, ella su gracia, ornamento, y consuelo. Incluso la comprensión de la mejor mujer parece funcionar principalmente a través de sus afectos. Y así, aunque el hombre puede dirigir el intelecto, la mujer cultiva los sentimientos, que determinan principalmente el carácter. Mientras él llena la memoria, ella ocupa el corazón. Ella nos hace amar lo que él sólo puede hacernos creer, y es principalmente a través de ella que estamos capacitados para llegar a la virtud.

Las respectivas influencias del padre y la madre en la formación y el desarrollo del carácter, se ilustran notablemente en la vida de San Agustín. Mientras que el padre de Agustín, un pobre hombre libre de Thagaste, orgulloso de las habilidades de su hijo, se esforzó por proporcionar a su mente el más alto aprendizaje de las escuelas, y fue ensalzado por sus vecinos por los sacrificios que hizo con ese objeto "más allá de la capacidad de sus medios", su madre Mónica, por otro lado, trató de guiar la mente de su hijo en la dirección del bien supremo, y con piadoso cuidado lo aconsejó, le suplicó, le aconsejó castidad, y, en medio de mucha angustia y tribulación, debido a su vida malvada, nunca dejó de orar por él hasta que sus oraciones fueron escuchadas y respondidas. Así, su amor por fin triunfó, y la paciencia y la bondad de la madre fueron recompensadas, no sólo por la conversión de su hijo superdotado, sino también de su marido. Más tarde en la vida, y después de la muerte de su marido, Mónica, atraída por su afecto, siguió a su hijo a Milán, para vigilarlo; y allí murió ella, cuando él estaba en su trigésimo tercer año. Pero fue en el período anterior de su vida que su ejemplo e instrucción hicieron la impresión más profunda en su mente, y determinaron su carácter futuro.

Hay muchos casos similares de impresiones tempranas hechas en la mente de un niño, que surgen en buenos actos al final de la vida, después de un período

intermedio de egoísmo y vicio. Los padres pueden hacer todo lo que puedan para desarrollar un carácter recto y virtuoso en sus hijos, y aparentemente en vano. Parece pan echado sobre las aguas y perdido. Y, sin embargo, a veces sucede que mucho después de que los padres han ido a su descanso —pueden ser veinte años o más— el buen precepto, el buen ejemplo dado ante sus hijos e hijas en la infancia, brota y da fruto.

Uno de los casos más notables fue el del reverendo John Newton de Olney, el amigo de Cowper el poeta. Fue mucho después de la muerte de sus padres, y después de llevar una vida viciosa como un joven y como marinero, que se despertó de repente a un sentido de su depravación; y luego fueron las lecciones que su madre le había dado cuando un niño brotó vívidamente en su memoria. Su voz vino a él como si fuera de entre los muertos, y lo llevó suavemente de vuelta a la virtud y la bondad.

Otro ejemplo es el de John Randolph, el estadista estadounidense, quien una vez dijo: "Debería haber sido ateo si no hubiera sido por un recuerdo, y ese fue el recuerdo de la época en que mi madre partida solía tomar mi pequeña mano en la suya, y hacerme de rodillas decir: '¡Padre nuestro que está en el cielo!'"

Pero este caso debe considerarse, en general, excepcional. Como el personaje está sesgado en la vida temprana, por lo que generalmente permanece, asumiendo gradualmente su forma permanente a medida que se alcanza la hombría. "Vive todo el tiempo que puedas", dijo Southey, "los primeros veinte años son la mitad más larga de tu vida", y son, con mucho, los más embarazadas en consecuencias. Cuando el desgastado calumniador y voluptuoso, el Dr. Wolcot, yacía en su lecho de muerte, uno de sus amigos le preguntó si podía hacer algo para gratificarlo. "Sí", dijo el moribundo, con entusiasmo, "denme de vuelta mi juventud". Dale pero eso, y él se arrepentiría, él se reformaría. ¡Pero ya era demasiado tarde! Su vida se había atado y cautivado por las cadenas del hábito».

Gretry, el compositor musical, pensaba tan bien en la importancia de la mujer como educadora de carácter, que describió a una buena madre como "CHEF-D'OEUVRE de la naturaleza". Y tenía razón: para las buenas madres, mucho más que los padres, tienden a la renovación perpetua de la humanidad, creando, como lo hacen, la atmósfera moral del hogar, que es la alimentación del ser moral del hombre, como la atmósfera física es de su marco corpóreo. Por el buen temperamento, la suavidad y la bondad, dirigidas por la inteligencia, la mujer rodea a los habitantes con una atmósfera omnipresente de alegría, satisfacción y paz, adecuada para el crecimiento de la naturaleza más pura como de la más manliest.

La vivienda más pobre, presidida por una mujer virtuosa, ahorrativa, alegre y limpia, puede ser así la morada de la comodidad, la virtud y la felicidad; puede ser el

escenario de toda relación ennoblecer en la vida familiar; puede ser entrañable para un hombre por muchas asociaciones encantadoras; proporcionando un santuario para el corazón, un refugio de las tormentas de la vida, un dulce lugar de descanso después del trabajo, un consuelo en la desgracia, un orgullo de prosperidad y una alegría en todo momento.

El buen hogar es, por lo tanto, la mejor de las escuelas, no sólo en la juventud, sino en la edad. Allí los jóvenes y viejos aprenden mejor la alegría, la paciencia, el autocontrol y el espíritu de servicio y de deber. Izaak Walton, hablando de la madre de George Herbert, dice que gobernó a su familia con un cuidado juicioso, no rígida ni agriamente, "sino con tal dulzura y cumplimiento de las recreaciones y placeres de la juventud, como los instentó pasar gran parte de su tiempo en su compañía, lo que fue para su gran contenido".

El hogar es la verdadera escuela de cortesía, de la cual la mujer es siempre la mejor instructora práctica. "Sin mujer", dice el proverbio provenzal, "los hombres no eran más que cachorros mal lamidos". La filantropía irradia desde el hogar como desde un centro. "Amar al pequeño pelotón al que pertenecemos en la sociedad", dijo Burke, "es el germen de todos los afectos públicos". Los más sabios y los mejores no se han avergonzado de poseer que es su mayor alegría y felicidad sentarse "detrás de las cabezas de los niños" en el círculo inviolable del hogar. Una vida de pureza y deber no es lo más mínimo preparatorio para una vida de obra y deber público; y el hombre que ama su hogar no amará y servirá a su país con menos cariño. Pero si bien los hogares, que son las guarderías de carácter, pueden ser la mejor de las escuelas, también pueden ser las peores. Entre la infancia y la virilidad ¡cuán incalculable es la travesura que la ignorancia en el hogar tiene el poder de causar! Entre el dibujo del primer aliento y el último, ¡cuán vasto es el sufrimiento moral y la enfermedad ocasionados por las madres y enfermeras incompetentes! Comprometer a un niño al cuidado de una mujer ignorante sin valor, y ninguna cultura en la vida después de la vida remediará el mal que has hecho. Que la madre sea ociosa, viciosa y una calumnia; deje que su hogar sea impregnado por el cavilismo, la petulancia y el descontento, y se convertirá en una vivienda de miseria, un lugar desde el que volar, en lugar de volar; y los niños cuya desgracia es ser criados allí, serán moralmente empequeñecidos y deformados, la causa de la miseria para sí mismos, así como para los demás.

Napoleón Buonaparte estaba acostumbrado a decir que "la buena o mala conducta futura de un niño dependía enteramente de la madre". Él mismo atribuyó su ascenso en la vida en gran medida a la formación de su voluntad, su energía y su autocontrol, por parte de su madre en casa. "Nadie tenía ningún mando sobre él", dice uno de sus biógrafos, "excepto su madre, que encontró medios, por una mezcla de ternura,

severidad y justicia, para hacerle amar, respetar y obedecerla: de ella aprendió la virtud de la obediencia".

Una curiosa ilustración de la dependencia del carácter de los niños del de la madre ocurre incidentalmente en uno de los informes escolares del Sr. Tufnell. La verdad, observa, está tan bien establecida que incluso se ha hecho servil al cálculo mercantil. "Me informaron", dice, "en una gran fábrica, donde trabajaban muchos niños, que los gerentes antes de contratar a un niño siempre preguntaban por el carácter de la madre, y si eso era satisfactorio, estaban intolerablemente seguros de que sus hijos se comportarían de manera meritoria. NO SE PRESTÓ ATENCIÓN AL CARÁCTER DEL PADRE".

También se ha observado que en los casos en que el padre ha resultado mal — convertido en un borracho y "ido a los perros" — siempre que la madre sea prudente y sensata, la familia se mantendrá unida, y los niños probablemente se aloje honorablemente en la vida; mientras que en los casos del tipo opuesto, donde la madre resulta mal, no importa cuán bien conducido pueda estar el padre, los casos de éxito posterior en la vida por parte de los hijos son comparativamente raros.

La mayor parte de la influencia ejercida por las mujeres en la formación del carácter sigue siendo necesariamente desconocida. Logran su mejor trabajo en la tranquila reclusión del hogar y la familia, mediante el esfuerzo sostenido y la perseverancia paciente en el camino del deber. Sus mayores triunfos, porque privados y domésticos, rara vez se registran; y no es frecuente, ni siquiera en las biografías de hombres distinguidos, que oímos hablar de la parte que sus madres han tenido en la formación de su carácter, y en darles un sesgo hacia la bondad. Sin embargo, ¿no están en esa cuenta sin su recompensa? La influencia que han ejercido, aunque no registrada, vive después de ellos, y continúa propagándose en consecuencias para siempre.

No solemos oír hablar de grandes mujeres, como lo hacemos de grandes hombres. Es de buenas mujeres que sobre todo escuchamos; y es probable que al determinar el carácter de hombres y mujeres para siempre, estén haciendo un trabajo aún mayor que si pintaran grandes cuadros, escribieran grandes libros o compusieran grandes óperas. "Es bastante cierto", dijo Joseph de Maistre, "que las mujeres no han producido CHEFS-DOEUVRE. No han escrito 'Ilíada', ni 'Jerusalén entregada', ni 'Hamlet', ni 'Fedro', ni 'Paraíso perdido', ni 'Tartufo'; no han diseñado ninguna Iglesia de San Pedro, no han compuesto ningún 'Mesías', no han tallado ningún 'Apolo Belvidere', no han pintado ni 'Juicio Final'; no han inventado ni álgebra, ni telescopios, ni máquinas de vapor; pero han hecho algo mucho más grande y mejor que todo esto, porque es en sus rodillas donde hombres y mujeres rectos y virtuosos han sido entrenados, las producciones más excelentes del mundo".

De Maistre, en sus cartas y escritos, habla de su propia madre con inmenso amor y reverencia. Su noble carácter hizo a todas las demás mujeres venerables a sus ojos. Él la describió como su "madre sublime", "un ángel a quien Dios le había prestado un cuerpo por una breve temporada". A ella le atribuyó la inclinación de su carácter, y todo su sesgo hacia el bien; y cuando había llegado a la madurez, mientras actuaba como embajador en la Corte de San Petersburgo, se refirió a su noble ejemplo y preceptos como la influencia gobernante en su vida.

Uno de los rasgos más encantadores del personaje de Samuel Johnson, a pesar de su exterior áspero y torqueado, fue la ternura con la que invariablemente hablaba de su madre [115](#)—una mujer de fuerte comprensión, que implantó firmemente en su mente, como él mismo reconoce, sus primeras impresiones de religión—. Estaba acostumbrado, incluso en la época de sus mayores dificultades, a contribuir en gran medida, por sus esbeltos medios, a su comodidad; y uno de sus últimos actos de deber filial fue escribir 'Rasselas' con el propósito de pagar sus pequeñas deudas y sufragar sus cargos funerarios.

George Washington tenía sólo once años de edad—el mayor de cinco hijos—cuando su padre murió, dejando a su madre viuda. Era una mujer de rara excelencia, llena de recursos, una buena mujer de negocios, una excelente gerente y poseía mucha fuerza de carácter. Tenía a sus hijos que educar y criar, un gran hogar que gobernar y extensas propiedades que administrar, todo lo cual logró con total éxito. Su buen sentido, asiduidad, ternura, industria y vigilancia, le permitieron superar todos los obstáculos; y como la recompensa más rica de su solicitud y trabajo, tuvo la felicidad de ver a todos sus hijos presentar una promesa justa en la vida, llenando las esferas asignadas a ellos de una manera igualmente honorable para ellos mismos, y para el padre que había sido la única guía de sus, principios, conducta y hábitos. [116](#)

El biógrafo de Cromwell dice poco sobre el padre del Protector, pero se detiene en el carácter de su madre, a quien describe como una mujer de raro vigor y decisión de propósito: "Una mujer", dice, "poseída de la gloriosa facultad de autoayuda cuando otra ayuda le falló; listo para las exigencias de la fortuna en su giro adverso más extremo; de espíritu y energía iguales a su suavidad y paciencia; que, con el trabajo de sus propias manos, dio dotes a cinco hijas suficientes para casarlas en familias tan honorables pero más ricas que las suyas; cuyo único orgullo era la honestidad, y cuya pasión era el amor; que conservó en el precioso palacio de Whitehall los gustos sencillos que la distinguían en la antigua cervecería de Huntingdon; y cuyo único cuidado, en medio de todo su esplendor, era la seguridad de su hijo en su peligrosa eminencia".

Hemos hablado de la madre de Napoleón Buonaparte como una mujer de gran fuerza de carácter. No menos lo fue la madre del duque de Wellington, a quien su hijo se parecía sorprendentemente en características, persona y carácter; mientras que su padre se distinguió principalmente como compositor e intérprete musical. [118](#) Pero, extraño decir, la madre de Wellington lo confundió con un tonto; y, por una razón u otra, él no era tan favorito como sus otros hijos, hasta que sus grandes actos en la vida después de la vida la limitaron a estar orgullosa de él.

Los Napier fueron bendecidos en ambos padres, pero especialmente en su madre, Lady Sarah Lennox, quien pronto buscó inspirar las mentes de sus hijos con pensamientos elevadores, admiración por las nobles hechos y un espíritu caballeresca, que se encarnó en sus vidas, y continuó sosteniéndolos, hasta la muerte, en el camino del deber y del honor.

Entre los estadistas, abogados y divinos, encontramos una mención marcada de las madres de los Lord Cancilleres Bacon, Erskine y Brougham, todas mujeres de gran capacidad y, en el caso de la primera, de gran aprendizaje; así como de las madres de Canning, Curran y el presidente Adams, de Herbert, Paley y Wesley. Lord Brougham habla en términos casi cercanos a la reverencia de su abuela, la hermana del profesor Robertson, como si hubiera sido fundamental para inculcar en su mente un fuerte deseo de información, y los primeros principios de esa energía perseverante en la búsqueda de todo tipo de conocimiento que formó su característica prominente a lo largo de la vida.

La madre de Canning era una irlandesa de gran capacidad natural, para quien su talentoso hijo le brindó el mayor amor y respeto hasta el final de su carrera. Era una mujer sin poder intelectual ordinario. "De hecho", dice el biógrafo de Canning, "si no hubiéramos asegurado el hecho de fuentes directas, sería imposible contemplar su profunda y conmovedora devoción hacia ella, sin que se nos llevara a concluir que el objeto de tal apego inmutable debe haber estado poseído de cualidades raras y dominantes. Era estimada por el círculo en el que vivía, como una mujer de gran energía mental. Su conversación fue animada y vigorosa, y marcada por una clara originalidad de la manera y una selección de temas frescos y llamativos, y fuera de la rutina común. Para las personas que estaban ligeramente familiarizada con ella, la energía de su manera tenía incluso algo del aire de excentricidad".

Curran habla con gran afecto de su madre, como una mujer de fuerte comprensión original, a cuyo sabio consejo, piedad constante y lecciones de ambición honorable, que ella impuso diligentemente en las mentes de sus hijos, él mismo atribuyó principalmente su éxito en la vida. "La única herencia", solía decir, "de la que podía presumir de mi pobre padre, era la muy escasa de un rostro y una persona poco

atractivos; como el suyo; y si el mundo alguna vez me ha atribuido algo más valioso que la cara o la persona, o que la riqueza terrenal, fue que otro y un padre más querido le dio a su hijo una porción del tesoro de su mente".

Cuando el ex Presidente Adams estuvo presente en el examen de una escuela de niñas en Boston, los alumnos le presentaron un discurso que le afectó profundamente; y al reconocerlo, aprovechó la oportunidad para referirse a la influencia duradera que la formación y la asociación de la mujer habían ejercido sobre su propia vida y carácter. "Cuando era niño", dijo, "disfruté quizás de la mayor de las bendiciones que se pueden otorgar al hombre: la de una madre, que estaba ansiosa y era capaz de formar los personajes de sus hijos con razón. De ella derivé cualquier instrucción [11religiosa especialmente, y moral] ha impregnado una larga vida— no diré perfectamente, o como debería ser; pero diré, porque es sólo justicia a la memoria de ella que reverencia, que, en el curso de esa vida, cualquiera que sea la imperfección que haya habido, o la desviación de lo que ella me enseñó, la culpa es mía, y no de ella".

Los Wesley estaban peculiarmente vinculados a sus padres por la piedad natural, aunque la madre, en lugar del padre, influyó en sus mentes y desarrolló sus personajes. El padre era un hombre de fuerte voluntad, pero ocasionalmente duro y tiránico en sus tratos con su familia; mientras que la madre, con mucha fuerza de comprensión y ardiente amor por la verdad, era gentil, persuasiva, cariñosa y simple. Fue la maestra y alegre compañera de sus hijos, que poco a poco se fueron moldeando con su ejemplo. Fue a través del sesgo dado por ella a las mentes de sus hijos en asuntos religiosos que adquirieron la tendencia que, incluso en los primeros años, les atrajo el nombre de metodistas. En una carta a su hijo, Samuel Wesley, cuando era un erudito en Westminster en 1709, dijo: "Le aconsejaría tanto como sea posible para lanzar su negocio en un cierto MÉTODO, por lo que significa que usted aprenderá a mejorar cada momento precioso, y encontrar una facilidad indescriptible en el desempeño de sus respectivos deberes." Este "método" continuó describiendo, exhortando a su hijo "en todas las cosas a actuar según los principios", y la sociedad que los hermanos John y Charles fundaron después en Oxford se supone que fue en gran medida el resultado de sus exhortaciones.

En el caso de los poetas, literatos y artistas, la influencia del sentimiento y el gusto de la madre ha tenido sin duda un gran efecto en la dirección del genio de sus hijos; y encontramos esto especialmente ilustrado en las vidas de Gray, Thomson, Scott, Southey, Bulwer, Schiller y Goethe. Gray heredó, casi completa, su naturaleza amable y amorosa de su madre, mientras que su padre era duro e indomable. Gray era, de hecho, un hombre femenino —tímido, reservado y con ganas de energía—, pero completamente irreprochable en vida y carácter. La madre del poeta mantuvo la familia, después de que su indigno marido la hubiera abandonado; y, a su muerte,

Gray colocó en su tumba, en Stoke Pogis, un epitafio que la describía como "la cuidada y tierna madre de muchos niños, uno de los cuales solo tuvo la desgracia de sobrevivirla". El propio poeta fue, por su propio deseo, enterrado junto a su tumba adorada.

Goethe, como Schiller, debía el sesgo de su mente y carácter a su madre, que era una mujer de dones extraordinarios. Ella estaba llena de alegres madres-ingeniosas, y poseía en un alto grado el arte de estimular las mentes jóvenes y activas, instruyéndolas en la ciencia de la vida a partir de los tesoros de su abundante experiencia. Después de una entrevista alargada con ella, un viajero entusiasta dijo: "Ahora entiendo cómo Goethe se ha convertido en el hombre que es". El propio Goethe acariciaba cariñosamente su memoria. "¡Ella era digna de la vida!", dijo una vez de ella; y cuando visitó Frankfort, buscó a todas las personas que habían sido amables con su madre, y les dio las gracias a todos.

Fue la madre de Ary Scheffer —cuyos hermosos rasgos amaba tanto reproducir el pintor en sus cuadros de Beatriz, Santa Mónica y otras de sus obras— la que alentó su estudio del arte, y por gran abnegación le proporcionó los medios para perseguirlo. Mientras vivía en Dordrecht, en Holanda, primero lo envió a Lille para estudiar, y después a París; y sus cartas a él, aunque ausente, siempre estuvieron llenas de buenos consejos maternos y simpatía afectuosamente mujer. "Si pudieras verme", escribió en una ocasión, "besando tu foto, entonces, después de un tiempo, tomándola de nuevo, y, con una lágrima en el ojo, llamándola 'mi hijo amado', comprenderías lo que me cuesta usar a veces el lenguaje severo de la autoridad, y darte la ocasión de momentos de dolor. * * * Trabajar diligentemente— ser, sobre todo, modesto y humilde; y cuando te encuentres sobresaliendo a los demás, entonces compara lo que has hecho con la Naturaleza misma, o con el 'ideal' de tu propia mente, y estarás seguro, por el contraste que será evidente, contra los efectos del orgullo y la presunción".

Largos años después, cuando Ary Scheffer era abuelo, recordó con cariño el consejo de su madre, y se lo repitió a sus hijos. Y así el poder vital del buen ejemplo vive de generación en generación, manteniendo el mundo siempre fresco y joven. Escribiendo a su hija, Madame Marjolin, en 1846, el consejo de su madre se le repitió, y él dijo: "La palabra DEBE— arreglarlo bien en tu memoria, querido hijo; tu abuela rara vez lo tenía fuera de ella. La verdad es que a través de nuestras vidas nada trae ningún buen fruto, excepto lo que se gana ya sea por el trabajo de las manos, o por el esfuerzo de la abnegación de uno. Los sacrificios deben, en resumen, estar sucediendo si queremos obtener algún consuelo o felicidad. Ahora que ya no soy joven, declaro que pocos pasajes de mi vida me ofrecen tanta satisfacción como aquellos en los que hice

sacrificios, o me negué goces. 'Das Entsagen' [11el prohibido] es el lema del hombre sabio. La abnegación es la cualidad de la cual Jesucristo nos puso el ejemplo". [1113](#)

El historiador francés Michelet hace la siguiente conmovedora referencia a su madre en el Prefacio a uno de sus libros más populares, objeto de una controversia muy amargada en el momento en que apareció:—

"Mientras escribía todo esto, he tenido en mi mente a una mujer, cuya mente fuerte y seria no habría dejado de apoyarme en estas contenciones. La perdí hace treinta años". Yo era una niña entonces —sin embargo, siempre viviendo en mi memoria, ella me sigue de edad en edad.

"Ella sufrió conmigo en mi pobreza, y no se le permitió compartir mi mejor fortuna. Cuando era joven, la entristecí, y ahora no puedo consolarla. Ni siquiera sé dónde están sus huesos: ¡yo era demasiado pobre entonces para comprar tierra para enterrarla!"

"Y, sin embargo, le debo mucho. Siento profundamente que soy hijo de mujer. Cada instante, en mis ideas y palabras no mencionar mis rasgos y gestos, encuentro de nuevo a mi madre en mí misma. Es la sangre de mi madre la que me da la simpatía que siento por épocas pasadas, y el tierno recuerdo de todos los que ahora ya no están".

"¿Qué retorno entonces podría yo, que estoy avanzando hacia la vejez, hacerla por las muchas cosas que le debo? Una, por la que me habría dado las gracias: esta protesta a favor de las mujeres y las madres".

Pero mientras que una madre puede influir en gran medida en la mente poética o artística de su hijo para el bien, también puede influir en ella para el mal. Por lo tanto, las características de Lord Byron —la descarada de sus impulsos, su desafío a la moderación, la amargura de su odio y la precipitación de sus resentimientos— eran trazables en gran medida a las influencias adversas ejercidas sobre su mente desde su nacimiento por su madre caprichosa, violenta y testaruda. Incluso se burló de su hijo con su deformidad personal; y no era infrecuente, en las violentas peleas que se produjeron entre ellos, que ella tomara el póker o las pinzas, y las lanzara tras él mientras huía de su presencia. Fue este tratamiento antinatural el que dio un giro morboso a la vida posterior de Byron; y, despreocupado, infeliz, grande y, sin embargo, débil como era, llevó consigo el veneno de la madre que había chupado en su infancia. De ahí que exclama, en su 'Childe Harold':—

"Sin embargo, debo pensar menos salvajemente:—He pensado demasiado tiempo y oscuro, hasta que mi cerebro se convirtió, En su propio remolino hirviendo, un abismo

girando de fantasía y llama: Y así, EN LA JUVENTUD MIS MANANTIALES DE VIDA FUERON ENVENENADOS."

De la misma manera, aunque de una manera diferente, el personaje de la señora Foote, la madre del actor, se repitió curiosamente en la vida de su hijo alegre y de corazón jovial. Aunque había sido heredera de una gran fortuna, pronto lo gastó todo, y fue encarcelada por deudas. En esta condición le escribió a Sam, quien le había estado permitiendo cien al año de las ganancias de su actuación: "Querido Sam, estoy en prisión por deudas; ven y ayuda a tu amorosa madre, E. Foote". A lo que su hijo respondió característicamente: "Querida madre, yo también; lo que impide que su deber sea pagado a su amorosa madre por su afectuoso hijo, Sam Foote".

Una madre tonta también puede estropear a un hijo superdotado, imbuyendo su mente con sentimientos poco sólidos. Así, se dice que la madre de Lamartine lo entrenó en ideas de vida totalmente erróneas, en la escuela de Rousseau y Bernardin de St.-Pierre, por la que su sentimentalismo, suficientemente fuerte por naturaleza, fue exagerado en lugar de reprimido: y se convirtió en víctima de lágrimas, afectación e improvisación, durante toda su vida. Casi saborea lo ridículo encontrar a Lamartine, en sus 'Confidencias', representándose a sí mismo como una "estatua de la Adolescencia levantada como modelo para hombres jóvenes". Como era el hijo mimado de su madre, así fue el niño mimado de su país hasta el final, lo cual fue amargo y triste. Sainte-Beuve dice de él: "Era el objeto continuo de los dones más ricos, que no tenía el poder de administrarlos, dispersarlos y desperdiciarlos, todos, excepto, el don de las palabras, que parecían inagotables, y en el que continuó tocado hasta el final como en una flauta encantada".

Hemos hablado de la madre de Washington como una excelente mujer de negocios; y poseer una calidad tal como la capacidad de negocio no sólo es compatible con la verdadera feminidad, sino que es en una medida esencial para la comodidad y el bienestar de toda familia debidamente gobernada. Los hábitos de los negocios no se refieren simplemente al comercio, sino que se aplican a todos los asuntos prácticos de la vida, a todo lo que tiene que organizarse, organizarse, preverse, hacerse. Y en todos estos aspectos la gestión de una familia, y de un hogar, es tanto una cuestión de negocio como la gestión de una tienda o de una casa de recuento. Requiere método, precisión, organización, industria, economía, disciplina, tacto, conocimiento y capacidad para adaptar los medios a los fines. Todo esto es de la esencia de los negocios; y por lo tanto los hábitos de negocios son tan necesarios para ser cultivados por las mujeres que tendrían éxito en los asuntos del hogar —en otras palabras, que harían feliz el hogar— como por los hombres en los asuntos de comercio, comercio o manufactura.

Sin embargo, hasta ahora ha prevalecido la idea de que las mujeres no se preocupan por estas cuestiones y que los hábitos y las cualificaciones empresariales se refieren únicamente a los hombres. Tomemos, por ejemplo, el conocimiento de las cifras. El Sr. Bright ha dicho de los niños: "Enseñe a un niño a aritmética a fondo, y él es un hombre hecho". ¿Y por qué?—Porque le enseña método, precisión, valor, proporciones, relaciones. ¿Pero cuántas niñas se enseñan bien a la aritmética?—Muy pocas en realidad. ¿Y cuál es la consecuencia?—Cuando la niña se convierte en esposa, si no sabe nada de cifras, y es inocente de la suma y la multiplicación, no puede llevar un registro de ingresos y gastos, y probablemente habrá una sucesión de errores cometidos que pueden ser prolíficos en la contención doméstica. La mujer, al no estar a la altura de su negocio —es decir, la gestión de sus asuntos domésticos de conformidad con los simples principios de la aritmética— será apta, por pura ignorancia, para cometer extravagancias, aunque no intencionales, que pueden ser más perjudiciales para la paz y la comodidad de su familia.

El método, que es el alma de los negocios, también es de importancia esencial en el hogar. El trabajo sólo se puede realizar por método. Muddle vuela delante de él, y hugging-atracador se convierte en una cosa desconocida. El método exige puntualidad, otra cualidad eminentemente empresarial. La mujer impuntual, como el hombre impuntual, no le gusta, porque consume y pierde el tiempo, y provoca la reflexión de que no somos de suficiente importancia para hacerla más rápida. Para el hombre de negocios, el tiempo es dinero; pero para la mujer de negocios, el método es más, es la paz, la comodidad y la prosperidad doméstica.

La prudencia es otra cualidad empresarial importante tanto en las mujeres, como en los hombres. La prudencia es sabiduría práctica, y proviene del juicio cultivado. Tiene referencia en todas las cosas a la aptitud, a la propiedad; juzgando sabiamente lo correcto que hay que hacer, y la forma correcta de hacerlo. Calcula las medias, el orden, el tiempo y el método de hacer. La prudencia aprende de la experiencia, acelerada por el conocimiento.

Por estas, entre otras razones, los hábitos de negocios son necesarios para ser cultivados por todas las mujeres, con el fin de que sean ayudantes eficientes en la vida cotidiana y laboral del mundo. Además, para dirigir el poder del hogar correctamente, las mujeres, como enfermeras, formadoras y educadoras de los niños, necesitan toda la ayuda y la fuerza que la cultura mental puede darles.

El mero amor instintivo no es suficiente. El instinto, que preserva a las criaturas inferiores, no necesita entrenamiento; pero la inteligencia humana, que está en constante demanda en una familia, necesita ser educada. La providencia confía a la mujer la salud física de la nueva generación; y es en la naturaleza física que la

naturaleza moral y mental está consagrada. Es sólo actuando de acuerdo con las leyes naturales, que antes de que ella puede seguir a la mujer debe entender, que las bendiciones de la salud del cuerpo, y la salud de la mente y la moral, se pueden asegurar en el hogar. Sin un conocimiento de tales leyes, el amor de la madre con demasiada frecuencia encuentra su recompensa sólo en el ataúd de un niño.

Es una mera obviedad decir que el intelecto con el que está dotado tanto la mujer como el hombre, ha sido dado para su uso y ejercicio, y no "para fust en su no utilizado." Tales dotes nunca se confieren sin un propósito. El Creador puede ser fastuoso en Sus dones, pero nunca es derrochador.

La mujer no estaba destinada a ser ni una droga irreflexible, ni el adorno meramente bonito del ocio del hombre. Ella existe para sí misma, así como para los demás; y los deberes serios y responsables que está llamada a realizar en la vida, requieren la cabeza cultivada, así como el corazón comprensivo. Su misión más elevada no debe cumplirse con el dominio de los logros fugaces, en los que ahora se desperdicia tanto tiempo útil; porque, aunque los logros pueden mejorar los encantos de la juventud y la belleza, de sí mismos lo suficientemente encantadores, se encontrarán de muy poca utilidad en los asuntos de la vida real.

La alabanza más alta que los antiguos romanos podían expresar de una noble matrona era que se sentaba en casa y se extendía: "DOMUM MANSIT, LANAM FECIT". En nuestro tiempo, se ha dicho que la química suficiente para mantener la olla hirviendo, y la geografía suficiente para conocer las diferentes habitaciones de su casa, era suficiente ciencia para cualquier mujer; mientras que Byron, cuyas simpatías por la mujer eran de un tipo muy imperfecto, profesó que limitaría su biblioteca a una Biblia y un libro de cocina. Pero esta visión del carácter y la cultura de la mujer es tan absurdamente estrecha y poco inteligente, por un lado, como la visión opuesta, ahora tan en boga, es extravagante y antinatural por el otro: que la mujer debe ser educada para ser lo más igual posible al hombre; indistinguible de él, excepto en el sexo; igual a él en derechos y votos; y su competidor en todo lo que hace de la vida una lucha feroz y egoísta por el lugar, el poder y el dinero.

Hablando en términos generales, el entrenamiento y la disciplina que son más adecuados para un sexo en la vida temprana, son también los más adecuados para el otro; y la educación y la cultura que llenan la mente del hombre resultarán igualmente saludables para la mujer. De hecho, todos los argumentos que se han esgrimido hasta ahora a favor de la educación superior de los hombres abogan con la misma firmeza a favor de la educación superior de las mujeres. En todos los departamentos del hogar, la inteligencia aumentará la utilidad y la eficiencia de la mujer. Le dará pensamiento y previsión, le permitirá anticipar y proveer para las contingencias de la

vida, sugerir métodos mejorados de manejo y darle fuerza en todos los sentidos. En el poder mental disciplinado encontrará una protección más fuerte y segura contra el engaño y la impostura que en la mera ignorancia inocente y desprevenido; en la cultura moral y religiosa se asegurará fuentes de influencia más poderosas y duraderas que en las atracciones físicas; y en debida autosuficiencia y autodependencia descubrirá las fuentes más verdaderas de comodidad y felicidad domésticas.

Pero mientras que la mente y el carácter de las mujeres deben cultivarse con miras a su propio bienestar, no deben ser educadas liberalmente con miras a la felicidad de los demás. Los hombres mismos no pueden ser sólidos en la mente o la moral si las mujeres son al revés; y si, como sostenemos, la condición moral de un pueblo depende principalmente de la educación del hogar, entonces la educación de las mujeres debe considerarse una cuestión de importancia nacional. No sólo el carácter moral sino la fuerza mental del hombre encuentran su mejor salvaguarda y apoyo en la pureza moral y el cultivo mental de la mujer; pero cuanto más completamente se desarrollen los poderes de ambos, más armoniosa y bien ordenada será la sociedad, más segura y segura será su elevación y avance.

Cuando hace unos cincuenta años, el primer Napoleón dijo que la gran carencia de Francia eran las madres, quiso decir, en otras palabras, que el pueblo francés necesitaba la educación de los hogares, proporcionada por mujeres buenas, virtuosas e inteligentes. De hecho, la primera Revolución Francesa presentó una de las ilustraciones más sorprendentes de las travesuras sociales resultantes de un descuido de la influencia purificadora de las mujeres. Cuando se produjo ese gran brote nacional, la sociedad estaba impenetrada con vicio y despilfarro. La moral, la religión, la virtud, estaban inundadas por el sensualismo. El carácter de mujer se había depravado. La fidelidad conyugal fue ignorada; la maternidad se mantuvo en reproche; la familia y el hogar estaban igualmente corrompidos. La pureza doméstica ya no une a la sociedad. Francia no tenía madre; los niños se soltaron; y estalló la Revolución, "en medio de los gritos y la feroz violencia de las mujeres".

Pero la terrible lección fue ignorada, y una y otra vez Francia ha sufrido gravemente la falta de esa disciplina, obediencia, autocontrol y amor propio que sólo se puede aprender verdaderamente en casa. Se dice que la Tercera Napoleón atribuyó la reciente impotencia de Francia, que la dejó indefensa y sangrando a los pies de sus conquistadores, a la frivolidad y falta de principios del pueblo, así como a su amor por el placer—que, sin embargo, hay que confesar, él mismo no hizo un poco de fomentar. Por lo tanto, parecería que la disciplina que Francia todavía necesita aprender, si ella fuera buena y grande, es la indicada por el Primer Napoleón: la educación en el hogar por buenas madres.

La influencia de la mujer es la misma en todas partes. Su condición influye en la moral, los modales y el carácter de las personas en todos los países. Donde ella es degradada, la sociedad es degradada; donde ella es moralmente pura e iluminada, la sociedad será proporcionalmente elevada.

Por lo tanto, instruir a la mujer es instruir al hombre; elevar su carácter es criar el suyo propio; ampliar su libertad mental es extender y asegurar la de toda la comunidad. Porque las Naciones no son más que los resultados de los Hogares y los Pueblos de las Madres.

Pero si bien es cierto que el carácter de una nación será elevado por la iluminación y el refinamiento de la mujer, es mucho más que dudoso que se derive alguna ventaja de que ella entre en competencia con el hombre en el trabajo áspero de los negocios y las políticas. Las mujeres no pueden hacer más el trabajo especial de los hombres en el mundo que los hombres pueden hacer el de las mujeres. Y dondequiera que la mujer ha sido retirada de su hogar y de su familia para incorporarse a otros trabajos, el resultado ha sido socialmente desastroso. De hecho, los esfuerzos de algunos de los mejores filántropos de los últimos años se han dedicado a retirar a las mujeres de los esfuerzos junto con los hombres en coalpits, fábricas, tiendas de clavos y brickyards.

Todavía no es raro en el Norte que los maridos estén ociosos en casa, mientras que las madres y las hijas trabajan en la fábrica; el resultado es, en muchos casos, toda una subversión del orden familiar, de la disciplina doméstica y del gobierno autónomo. Y durante muchos años pasados, en París, se ha llegado a ese estado de cosas que algunas mujeres desean efectuar entre nosotras. Las mujeres allí se encargan principalmente de los negocios, sirviendo a la BOUTIQUE, o presidiendo en el COMPTOIR, mientras que los hombres descansan sobre los bulevares. Pero el resultado sólo ha sido la falta de vivienda, la degeneración y la decadencia familiar y social.

Tampoco hay ninguna razón para creer que la elevación y la mejora de las mujeres deban garantizarse invirtiendo en poder político. Hay, sin embargo, en estos días, muchos creyentes en la potencialidad de los "votos", que anticipan algún bien indefinido de la "emancipación" de las mujeres. No es necesario entrar aquí en el debate de esta cuestión. Pero puede ser suficiente afirmar que el poder que las mujeres no poseen políticamente es mucho más que compensado por el que ejercen en la vida privada, por su formación en el hogar de aquellos que, ya sea como hombres o como mujeres, hacen todo el trabajo varonil y femenino del mundo. El radical Bentham ha dicho que el hombre, aunque lo hiciera, no puede mantener el poder de la mujer; por eso ya gobierna el mundo "con todo el poder de un déspota", aunque el poder por el que gobierna principalmente es el amor. Y formar el carácter

de toda la raza humana, es ciertamente un poder mucho mayor que el que las mujeres podrían esperar ejercer como votantes de los miembros del Parlamento, o incluso como legisladoras.

Sin embargo, hay un departamento especial de trabajo de la mujer que exige la atención seria de todas las verdaderas reformadoras, aunque hasta ahora se ha descuidado de manera irresponsable. Nos referimos a un mejor ahorro y preparación de la alimentación humana, cuyo despilfarro en la actualidad, a falta de los conocimientos culinarios más ordinarios, es poco menos que escandaloso. Si ese hombre ha de ser considerado como un benefactor de su especie que hace dos tallos de maíz para crecer donde sólo uno creció antes, no menos debe ser considerado como un benefactor público que economiza y recurre a la mejor cuenta práctica de los productos alimenticios de la habilidad humana y el trabajo. El mejor uso de incluso nuestro suministro existente sería equivalente a una extensión inmediata de la superficie cultivable de nuestro país, por no hablar del aumento de la salud, la economía y la comodidad doméstica. Si nuestras mujeres reformadoras sólo volvieran sus energías en esta dirección con efecto, se ganarían la gratitud de todos los hogares y serían estimadas como una de las más grandes filántropas prácticas.